

Aportación de los artistas valencianos a las fiestas de la coronación pontificia de Nuestra Señora de los Desamparados, en mayo de 1923

Discurso leído por el académico de número Ilmo. Sr. D. Emilio M.^a Aparicio Olmos, en la sesión inaugural del ejercicio 1973, 14 de febrero de 1973

EXCMO. SEÑOR;
ILMOS. SEÑORES;
SEÑORAS Y SEÑORES:

No es la primera vez que la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia se hace eco de las conmemoraciones de Nuestra Señora de los Desamparados. Un folleto en cuarto, de ochenta páginas, impreso en nuestra ciudad en el año 1867, tiene este expresivo título que hace innecesario todo comentario: *Poesías premiadas en el certamen celebrado en el salón de juntas de la Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia el día 20 de mayo de 1867, con motivo del segundo centenario de la instalación en su actual capilla de la primitiva imagen de Nuestra Señora de los Desamparados*. Y entre las composiciones poéticas premiadas figuran las de autores tan significados como don Félix Pizcueta, Zapater y Ugeda, Ferrer y Bigné, don Benito Altet, Arroyo y Almela, don Rafael Blasco...

Por ello, ante la amable invitación de la Junta de Gobierno de que me ocupase en este solemne acto del ya próximo cincuentenario de la coronación pontificia de Nuestra Señora de los Desamparados —invitación honrosísima a la que en modo alguno podía dejar de corresponder por tantos y tan caros motivos—, pensé que convenía recoger la valiosa colaboración de los artistas valencianos en las solemnidades de mayo de 1923.

Apenas esbozado el programa general de los actos a celebrar con motivo de la coronación pontificia, en las dos asambleas celebradas en abril de 1922, por iniciativa del señor arzobispo, don Enrique Reig y Casanova, verdadero promotor y alma de la coronación, se constituyeron las juntas organizadoras, coordinadas y subdivididas para una mayor eficacia en su gestión.

Una de ellas, llamada Comisión Artística, quedó constituida el 7 de junio del mismo año 22, bajo la presidencia del señor marqués de Malferit, consejero de la Antigua y Real Cofradía de la Virgen, y en la que figuraron ocho académicos de nuestra real corporación: su presidente, don Juan Dorda; los historiadores don José Sanchis Sivera y don José Martínez Aloy; el arquitecto don Francisco Almenar; los pintores don José Benlliure, don Eduardo Soler, don Isidoro Garnelo y don Julio Cebrián Mezquita.

Entre los restantes miembros, hasta un total de veintiuno, destacaba el académico de la Real de Medicina don José Rodrigo Pertegás, el insigne historiador de la Cofradía; don Manuel Capuz, secretario del Círculo de Bellas Artes; los profesores del Conservatorio don Eduardo López Chavarrí y don Amancio Amorós, y los eminentes músicos de la catedral don Vicente Ripollés y don Juan Bautista Pastor.

El propio doctor Sanchis Sivera sintetiza la importancia de la actuación de esta Comisión Artística en estos términos: «Sí la labor que hacía en todos los trabajos de la coronación no aparece exteriormente, sin embargo, era el alma de todos, y la salvaguardia de cualquier acto que se realizaba, ya fuera de carácter general o particular... Sus dictámenes ilustraban en gran manera al Comité Central y le facilitaban el desarrollo de su acción en todo lo que con el arte tenía relación... No es para decir el número de asuntos en que tomó parte... La ejecución de la corona, en lo que respecta a su belleza artística; las bases de los concursos que se

hicieron para el himno, tanto de la música como de la letra, y de los carteles anunciadores, ejerciendo los cargos de jurados en los mismos. Con su aprobación se confeccionaron los distintivos que habían de usar todos los que intervinieron en las fiestas...»

Y cierra su comentario en la *Crónica de la coronación* con estas palabras: «No pocos plácemes mereció de todos esta Comisión, que, con su competencia, puesta al servicio de las fiestas de Valencia a su Patrona, facilitó mucho, y aun decidió más de una vez el excelente resultado de muchas iniciativas de difícil ejecución, y que, por su cooperación, resultaron de gran esplendor y belleza.» (1)

Los primeros concursos que se convocaron, a los que ya se ha aludido, fueron los del cartel anunciador y de la letra para el himno oficial; su llamamiento está fechado el 28 de octubre de 1922. Y entre las acostumbradas condiciones, llama la atención la primera: «Es condición indispensable haber nacido en alguna de las actuales provincias de Alicante, Castellón y Valencia, que constituyen el antiguo Reino valenciano.» Y ambos concursos concedían un plazo de treinta días naturales, muy corto, desde luego, pero que venía determinado por la premura de tiempo (2).

Once bocetos de cartel se presentaron al concurso, de los que dos fueron escogidos por el jurado compuesto por don José Escrig de Olóriz, vicepresidente de la Comisión Artística; los artistas don José Benlliure, don Isidoro Garnelo y don Julio Cebrián, con el secretario, don Santiago García Bertrán de Lis.

El primer premio recayó en el boceto presentado por don Vicente Canet Cabellón, que alcanzó una extraordinaria difusión: en él aparecía la imagen de la Patrona sobre un fondo de la *Senyera*, realizada con flores y frutos valencianos.

El segundo premio, de una estilización muy propia de los años veinte, era obra de don Arturo Ballester Marco, y fue utilizado por el Comité Central para una tirada amplísima de sellos en cinco colores, primorosamente grabado, que, exenta de valor postal, sirvió como adecuado medio de propaganda y de cuestación voluntaria de fondos (3).

Mayor número de concursantes tuvo el convocado para la letra del *Himno Oficial de la Coronación*: cincuenta y una composiciones, todas ellas escritas en valenciano, como exigían las bases; fueron examinadas por el jurado constituido al efecto e integrado por el P. José Carbonell, de las Escuelas Pías; don Francisco Almarche, presidente de Lo Rat Penat; don Leopoldo Trénor, el canónigo don Vicente Ripollés y don Salvador Carreres Zacarés, que actuó de secretario. Se eligió el trabajo número 6, con lema: «Arquebisbe Reig», cuyo autor fue el *mestre en gai saber* don José María Juan García.

A pesar de la premura de tiempo, el nuevo himno contenía indudables aciertos, tanto por la estrofa inicial como por las aclamaciones finales. Mas algunas frases que ya entonces no satisficieron, y las gramaticales del uso indistinto del *Tú* y el *Vos* al dirigirse a la Virgen, el uso del artículo arcaico *lo* y algún género mal empleado en algunas frases y,

(1) SANCHIS SIVERA, JOSÉ, *Crónica de la coronación pontificia de la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados*, Valencia, 1923, p. 86.

(2) *Ibidem*, pp. 45 y 48.

(3) *Ibidem*, p. 74.



Cartel de Arturo Ballester Marco, que obtuvo el segundo premio y sirvió para la edición de sellos conmemorativos.

lo que consideramos más importante, los fallos teológicos del *sempre adorada Patrona* y del *màgic resplandor*, pensamos que tal vez fuera ahora, cuando se ha constituido una junta continuadora del Comité Central de la Coronación, por su significación y sus tareas, el momento oportuno para una revisión que perfilase en todos los aspectos un texto llamado a la perpetuidad.

Y no olvidemos que goza de popularidad tan sólo una tercera parte del himno, puesto que la segunda y tercera es-

trofas son prácticamente desconocidas y son, precisamente, las que más directamente aluden a la coronación pontificia.

Por el contrario, la música del himno, decidida igualmente en el concurso convocado el 29 de diciembre del mismo año 1922, después de escogida la letra, resultó acertadísima, reúne todas las condiciones exigidas para este difícil tipo de composiciones —solemnidad, unción, popularidad, vibración—, y cuanto más se interpreta más agrada.

Para este concurso se exigió haber nacido en cualquier región española, y se impuso «para las tres estrofas de un mismo metro destinadas al coro, se escribirá una misma y sola melodía, que ha de ser necesariamente unisonal. La música destinada a las estrofas que sirven de copla será la misma en ambas y se escribirá a cuatro voces mixtas, pero de tal manera que la parte superior pueda cantarse por el pueblo sin auxilio de las tres voces restantes. La última estrofa, también unisonal destinada al coro, llevará melodía especial, según exige el diferente metro de la poesía» (4).

A este concurso se presentaron treinta y tres trabajos, estudiados atentamente por el jurado, que estuvo compuesto por don Amancio Amorós, director del Conservatorio; don Eduardo López-Chavarri Marco, profesor del mismo, compositor, distinguido crítico y, más tarde, académico de esta real corporación; don Juan Bautista Pastor, maestro de capilla de la catedral; don Vicente Ripollés, maestro de canto coral de la misma metropolitana, y el padre Baixauli, S. J., compositor muy celebrado.

Unánimemente otorgaron el premio al lema «Rosa mística», cuyo autor resultó ser el sacerdote don Luis Romeu, organista de la catedral de Vich. El accésit lo obtuvo el lema «Pietat», del compositor valenciano, residente en Barcelona, don Antonio Pérez Moya.

Por su parte, la llamada Comisión de Fiestas se desdobló en otras subcomisiones para atender al adorno de calles y plazas, cabalgata, festejos especiales, fuegos y músicas y alojamientos. En todas ellas abundaron los artistas, y en la de cabalgata tuvo una destacada actuación nuestro secretario perpetuo, Ilmo. Sr. D. Vicente Ferrán Salvador.

Así preparado el ambiente de las fiestas, nadie extrañará el aspecto deslumbrante que ofreció Valencia en los días de mayo del grandioso 1923. Tomamos esta viva descripción del propio cronista de las fiestas, el canónigo, historiador y académico doctor Sanchis Sivera: «Las calles céntricas presentaban un aspecto de belleza extraordinaria. Artísticos templetos con dedicatorias a la Virgen y también a los reyes de España se alzaban a la entrada de muchas calles, y algunas de éstas aparecían lujosamente ataviadas; en los balcones lucían tapices, reposteros, colgaduras, escudos, banderas, flores, todo lo que dicta el entusiasmo de un pueblo devoto y de exuberante fantasía... Las más insignificantes callejuelas también vestían de gala, con más o menos arte, sin pretensión... Fue una nota de profundo sabor regional la aparición de muchas, muchísimas colgaduras, lo mismo que banderas con los colores de la Señera valenciana. Por la noche parecía la ciudad un ascua de fuego, viéndose luces hasta en los barrios más extremos. Balcones, azoteas, torres, todo brillaba bajo raudales de luces maravillosamente combinadas. Los grandes edificios, los campanarios, las calles principales, las fachadas de muchos comercios, casas modestas de industriales, viviendas de humilde trabajador, todo ofrecía fantástico aspecto.» (5)

Anotemos que la comisión para el adorno de calles y plazas, presidida por el señor marqués de Villoros y don José Casanova y Dalfó, cuya secretaría desempeñaba el artista decorador don Ramón Garrido Méndez, supo promover en diversas calles grupos de vecinos que, con la valiosa ayuda de distintos artistas, logró un eficaz engalanamiento de muchas calles.

Destacó, entre todas, la calle de la Paz, cuya decoración se abría con dos enormes pedestales, decorados con exquisita

(4) *Ibidem*, pp. 51 y 54.

(5) *Ibidem*, pp. 235-236.

elegancia, que sostenían un tapiz donde aparecía la imagen de la Virgen de los Desamparados. Seguían guirnaldas con medallones del escudo de Valencia y del propio de la Real Cofradía de la Virgen. En las aceras, grandes candelabros de tres brazos alternaban con columnas salomónicas y nuevos

Roda, la ornamentación de la calle de San Fernando; en la de Serranos destacaban las invocaciones de la Letanía Lauretana, y culminaban con el dosel gótico y la crestería que enmarcaban en la parte central interior las históricas torres de Serranos, donde aparecía la imagen de la Virgen de los



Altar de flor levantado en la plaza de la Virgen, con motivo de la Coronación de nuestra Patrona, construido por los artistas valencianos, Sres. V. Albert y E. Ginesta, bajo la inteligente dirección del inspirado Cebrián Mezquita.

(Foto. Sancho.)

motivos ornamentales. Todo dirigido por los artistas Cortina, Vicent, Ramil y García.

En la calle de San Vicente, también adornadísima, rivalizaron los artistas Just, Hernández Doce y Guillot; la de Zaragoza, que contaba con adornos tomados de las peinetas, agujas y arracadas propias del atuendo regional, era obra del señor Benedito; del artista Rivas eran los adornos de las calles del Pintor Sorolla y Barcas, y del popular Carmelo

Desamparados, en el mismo lugar donde acudía antaño en aquellos tremendos ritos medievales del día de San Matías, adornos de la calle y torres de Serranos realizados por el señor Desfilis. Así podría decirse de muchas otras calles de la ciudad.

En la plaza de la Virgen no faltó el altar de flores adosado a la fachada de la real capilla, obra, como en años anteriores, del pintor y académico don Julio Cebrián Mez-

quita, en la que destacó una gran corona de la Virgen y que, al decir del cronista de las fiestas, era «del más fino estilo plateresco», y donde aparecían «combinadas tan admirablemente las flores, que sus colores daban la impresión de un gran cuadro pintado» (6).

«La fuente de la plaza —prosigue el señor Sanchis Sivera— hallábase vestida de flor, resultando toda ella una obra delicadísima y de hermosa entonación... En ambas obras intervinieron don Julio Cebrián, su discípulo don Enrique Ginesta —nuestro admirado compañero de corporación que ha sublimado estas anuales ofrendas de la Valencia artista y jardinera—, don Vicente Albert y los competentes floricultores hijos de Amparo Canet, dignos continuadores de aquella maga de las flores.» (7)

Aquel mayo de 1923 el arte y las flores tuvieron otra excelente ocasión de mostrar sus magnificencias: fue la batalla de flores celebrada, con carácter extraordinario, en el paseo de la Alameda, en la tarde del viernes 11, horas antes de la coronación. El motivo por que se celebraba y el esplendoroso mayo valenciano ofrecieron singular relieve a este festejo que pone fin a la feria de julio.

Antes de comentar las principales carrozas que intervinieron en tan singular batalla, hay que aludir a la monumental tribuna regia levantada en el centro de la Alameda, sobre unas columnas de estilo dórico, entre las que destacaba en su parte central un gran tapiz de flor en el que aparecía el escudo de España. A ambos lados de la tribuna había dos enormes caballos alados, y en el centro, un dosel de flor con las armas de la ciudad, rematado con una monumental corona real. Fue realizada por el artista señor Desfilis, que «fue muy elogiada por su esbeltez y elegancia» (8) y el acierto de todos los motivos ornamentales, especialmente por las flores de lis y por las iniciales del monarca, que en unión de su egregia esposa, la reina doña Victoria Eugenia, y acompañados del ministro de Fomento, señor Gasset, del séquito palatino, del barón de Vallvert y del gobernador civil y del alcalde de la ciudad, señores Cabello la Piedra y Artal Ortells, presenciaron el deslumbrante festejo.

Destaquemos entre las carrozas que participaron en la batalla la destinada a don Alfonso XIII, que simbolizaba la abundancia y la agricultura, personificadas en las figuras de Minerva y Ceres, que, agrupadas, sostenían la corona regia. Su interior estaba tapizado de raso color malva, y era obra del artista don Vicente Benedito.

La carroza presentada por el Ateneo Mercantil, obra de los señores Desfilis y Coret, fue de las más celebradas: en ella tres ángeles-niños sostenían la corona de la Virgen, primorosamente realizada con variadísimas flores.

Don Julio Cebrián preparó la magnífica carroza de la Real Sociedad de Tiro de Pichón; don Ramón Cabrelles, la titulada *El nacimiento de Venus*; don Carmelo Roda, un centro romano con una figura ofreciendo flores; el escultor don Alfredo Just, un brioso caballo alado; el artista don Juan Ribelles presentó un bello jarro de Manises, de extraordinario realismo, pese a su realización floral; con el título *Mediterráneo*, presentó el artista don Juan Aragón una preciosa concha marina; una mayólica dorada, con bellas carátulas, fue presentada por el artista don Prudencio Herreros; una polvera árabe realizó don Bautista Rodríguez, que también presentó una carroza joyero y otra con la reproducción de una artística porcelana. Estos carruajes, junto con el jarrón chino del señor Sanchis Arcís, la jardinera de don Eduardo Sanchis y la *Fantasia* de don Juan Aragón, y tantos otros coches ligeros, dieron animación extraordinaria a esta excepcional batalla de flores.

Pocos días más tarde, el sábado 19 de mayo, se celebró otro festejo que puso a prueba la inspiración y el entusiasmo de los artistas valencianos: fue la llamada *cabalgata histórico-artística*, que recorrió un largo itinerario por las prin-

cipales calles de la ciudad, ante la admiración de numerosísimo público.

Tras una primera parte, integrada por las diversas obras puestas bajo la especial protección de la Virgen de los Desamparados, siguieron las otras dos, esmaltadas por grandes carrozas, bajo dos temas perfectamente definidos: *España y la Virgen y Valencia y la Virgen de los Desamparados*.

La primera carroza, titulada *El Pilar y Santiago*, obra de los artistas Prudencio Herreros y Juan Aragón, presentaba «un ángel de bellísimo escorzo descansando sobre nubes, que mostraba una medalla en la que se veía la Virgen sobre el Pilar. Al pie de dichas nubes se dibujan los trazos de la basílica zaragozana. Alrededor del carro se admiraban hermosos detalles de la balastrada de su trascoro» (9).

La época de las persecuciones venía simbolizada por la hermosa carroza del joven artista Alfredo Just titulada *Coloseo y Catacumbas*, inspirada en el famoso lienzo de don José Benlliure *La visión del Coloseo*. El vetusto muro del derruido anfiteatro se convertía en la parte posterior en la terrosa colina de la vía Apia, donde se abrían los misteriosos subterráneos de las catacumbas de San Calixto, y en ellos la tumba de Santa Cecilia, fielmente reproducida, adornándose las paredes con representaciones iconográficas de la Eucaristía; a saber: los peces, el pelicano, el divino Apolo y el Buen Pastor.

Seguía la carroza *¡Paz a la Iglesia!*, realizada por el artista Antonio Vercher, con la cooperación de la señorita María Labrander, que modeló las figuras y adornos de una fiel reproducción del arco de Constantino, ante el que aparecía una cuadriga arrastrada por cuatro tigres de tamaño natural. No faltaba la alusión al edicto de Milán, al lábaro con la inscripción «In hoc signo vinces» y a la definición dogmática de la divina maternidad de la Virgen María en el Concilio de Efeso, personificada en San Cirilo de Alejandría.

El cristianismo en España tenía su expresión en la monumental carroza, ideada y construida por Constantino Gómez, que presentaba un fragmento de un claustro catedralicio del más puro estilo visigótico. «Su frontis policromado era maravilloso —comenta el doctor Sanchis Sivera, de cuya *Crónica...* tomamos estos datos—, como asimismo la rica vidriera con figuras de época que, al tamizar la luz, irisaba fantásticamente cuanto le rodeaba.» Esta representación del III Concilio de Toledo contaba con las figuras señeras de San Leandro y San Ildefonso, del rey goda Recaredo y su esposa Bagda, de San Hermenegildo, San Braulio y otros personajes de aquel importante sínodo español.

El pintor Pedro Ferrer Calatayud realizó una vistosa carroza que simbolizaba la Reconquista. Sobre el escarpado peñón de Covadonga un ángel plétórico de movimiento empujaba la cruz. No faltaba la representación de la basílica compostelana con el sepulcro del apóstol y los escudos de las principales ciudades de la Reconquista.

Seguía la carroza con motivos valencianos que recordaba la Conquista de Valencia, realizada por el escultor don Carmelo Vicent, secundado por don Carlos Cortina, en la que destacaba la conocida estatua ecuestre del rey don Jaime I.

Unidad nacional era el título de la carroza que cerraba este grupo, ideada por el artista don Ramón Stolz, que era una excelente reproducción del conocido lienzo *Colón ante los Reyes Católicos*.

La última parte de la cabalgata, según ya quedó apuntado, se centraba en el tema de Valencia y la Virgen de los Desamparados. Y la primera carroza, «obra del maestro en estas clase de trabajos Sanchis Arcís», tenía por título: *La feren els àngels*, y era una acertada plasmación de la conocida leyenda, tan extendida como infundada, en la que no faltaba el padre Jofre, los ángeles peregrinos, la imagen de la Patrona y una artística reproducción de la puerta del

(6) *Ibidem*, p. 248.

(7) *Ibidem*.

(8) *Ibidem*, p. 265.

(9) *Ibidem*, p. 499.

trascoro de la catedral con sus bellos altorrelieves marmóreos.

Siguieron dos carrozas del artista Vicente Benedito: si una servía para dar calor a *Un casament en l'horta*, del siglo XVI, la otra representaba la corona nueva de la Patrona, como ofrenda de todas las clases sociales, que llamó mucho la atención por el ingenio del autor para plasmar en tan gran tamaño y con variadísimos recursos la corona de la Virgen.

Valencia orando ante su Madre era el título de la carroza que figuraba a continuación, en la que un ángel de gran tamaño presentaba una cornucopia con la efigie de la Patrona, ante la que un incensario de excelente repujado y con los escudos de armas valencianos expresaba la oración de los hijos.

Cerraba el cortejo la gran carroza *La Virgen coronada*, en la que trabajaron conjuntamente los señores Benedito, Sanchis Arcís, Cabrelles y Stolz; majestuosa destacaba una gran imagen de la Patrona, de bellísimo acabado, entre niños de toda condición social que simulaban las flores de un rosal trepador, entre el que sobresalían armoniosamente graciosos tallos de azucenas.

Recogemos estas expresivas frases del cronista y académico: «Los artistas rivalizaron entre sí para que cada una de las obras resultase un monumento de inspiración, de poesía y de fe a la Virgen, y el resultado fue un conjunto que ofrecía la más hermosa visión de arte que jamás hemos presenciado. Debe mencionarse también con elogio el cuidado que se puso en los trajes que llevaban todos los personajes del cortejo, admirablemente caracterizados y con irreprochable exactitud histórica. El público lo comprendió bien pronto y por ello los aplausos se repetían y prolongaban continuamente.» (10)

Otro festejo de extraordinaria calidad artística lo constituyó la representación del retablo mariano *¡Salve!*, escrito expresamente para las solemnidades de la coronación pontificia por don Víctor Espinós, representado en el teatro Principal los días 15, 17 y 18 de mayo de 1923 y puesto de nuevo en escena veinticinco años después, en las bodas de plata de 1948.

El propio autor, al presentar su obra, aseguró que «acaso, entre sus hermanos, el que más plenamente responde, por su estructura, al concepto que tenemos de estas representaciones escénicas ocasionales, cuyo gloriosísimo abolengo, al par que nos abruma, nos excusa de todo intento de justificación... La evocación histórica contenida en la jornada segunda pretende ser una rememoración de la Valencia del siglo XVI, cinco años y medio después de Lepanto. Cervantes, alistado en Valencia para la gran jornada naval, vuelve redimido de Argel y es en Denia donde desembarca, libre ya de la desgracia y de la ignominia de la esclavitud. Es en Valencia donde escribe a sus padres dándole la nueva de su libertad, y es un mercader valenciano, Estéfano Arragues, quien porta la misiva a Madrid. El capitán Miguel de Moncada pudo ver y hablar en Valencia al que fue su soldado en la galera *Marquesa*.

¿Es inverosímil —prosigue el señor Espinós— que se celebrase en la capital del histórico Reino valenciano la brillante y devota procesión de cautivos, teniendo en cuenta la intervención que en muchas redenciones tomara el Beato Patriarca Juan de Ribera, no faltando quien diga que ayudó con su dinero a varias y que acaso contribuyera a la del Príncipe de los Ingenios españoles?

Pues esto es lo que hay de historia en este cuadro; lo demás está al amparo de las licencias que nuestro padre Horacio otorgó *pictoribus atque poetis*. Por ello hablan el sentencioso Guzmán de Alfarche —con permiso de Mateo Alemán— y la graciosa y discreta Preciosilla.» (11)

Tal vez la mejor explicación gráfica de esta obra, compuesta de escenas incoherentes, de personajes, tiempos y lugares distintos, como las predelas de un retablo, sea el dibujo



Carroza «La Virgen Coronada», de la cabalgata histórico-artística, obra de los artistas V. Benedito, Sanchis Arcís, Cabrelles y Stolz.

de un pulcro modelo gótico que, para los programas de dichas representaciones, realizó el artista don Ramón Stolz Viciano. Las diferentes escenas, personificadas a veces por grandes figuras de la historia de España, y otras por personajes alegóricos o fantásticos, a los que dieron vida más de un centenar de intérpretes de la mejor sociedad valenciana, enaltecieron la devoción secular a Nuestra Señora de los Desamparados.

No podemos silenciar los nombres de los principales actores de 1923: la señorita Rita Cañada personificó a España; Elvira Adriaensens, a Valencia; Agueda Leonarte interpretó el papel de Pepeta; Concha Pampló, la Figonera; Gabriela Ibáñez, la Gitanilla; María Francisca Zaragoza, la Virreina, R. Agulló, como la Madre; Blanca Manglano, la Virgen de los Desamparados. Entre los señores destacó don Luis Gasó, como don Guzmán de Alfarche; don Manuel Tudela, como labrador cristiano y socarrón; el señor Sanchis Creixach, un príncipe disfrazado de mercader; don Manuel de Navarrete, genial intérprete de su papel del *Pelut*...

En cuanto a la parte musical, selectísima, tomamos estas impresiones del cronista Sanchis Sivera: «Las ilustraciones musicales eran una obertura de Weber y el poema sinfónico de Giner *Nit d'albaes*, que prepararon el ambiente del primer cuadro; unas coplas huertanas, acompañadas por guitarras y bandurrias; un intermedio, fina y graciosamente valenciano, de Palau, que precedía al cuadro segundo, en el cual había una danza popular de antiguo estilo, y varios fragmentos del *Te Deum* de Victoria, que cantó la Agrupación Coral Valencina, alternando con versos orgánicos de Cabezon, curiosa y

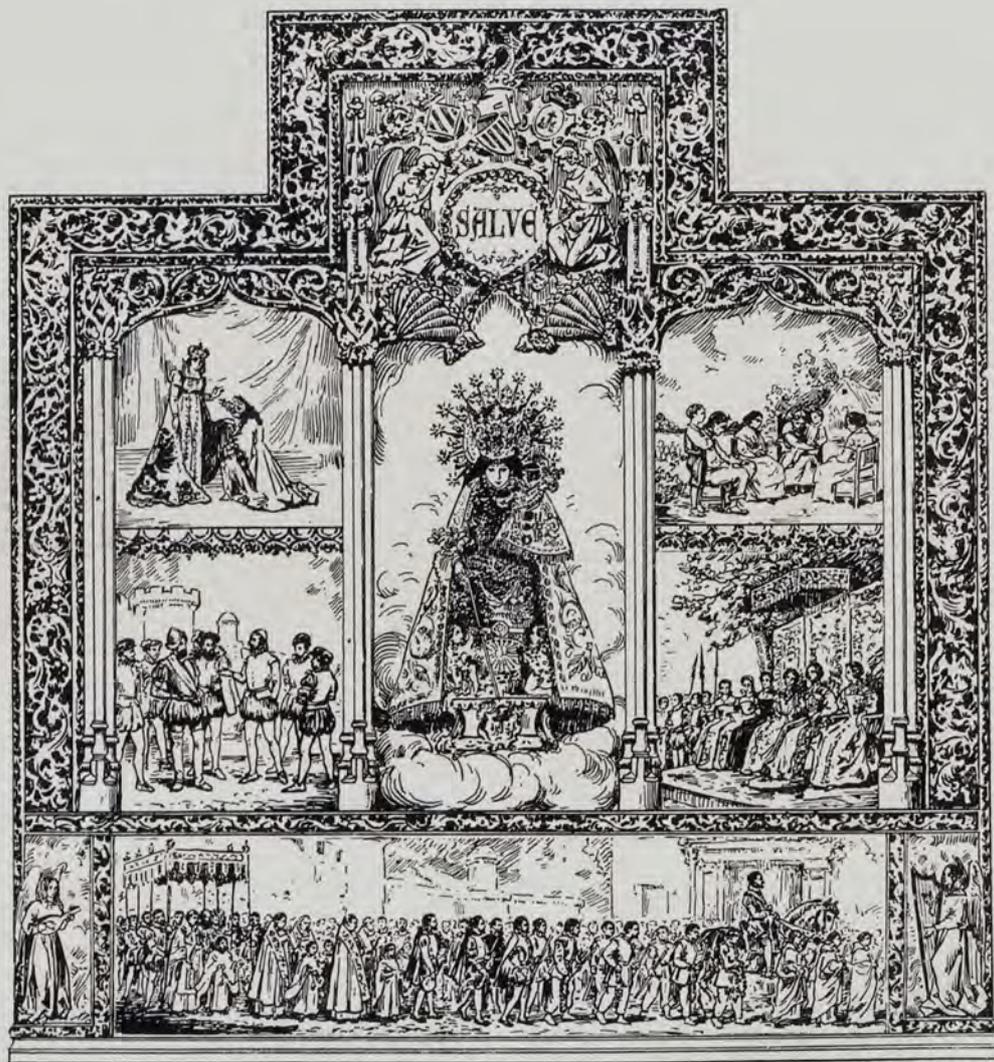
(10) *Ibidem*, p. 512.

(11) ESPINÓS, VÍCTOR, presentación del homenaje artístico del Comité: Retablo mariano *¡Salve!*, Valencia, 1923.

hábilmente transcritos para un grupo de instrumentos de viento; una marcha del oratorio de Haydn *La Creación*; una marcha de Saint-Saëns acompañando un desfile de personajes, con el *Largo*, de Haendel, y la *Llegenda*, de Chavarri. Se habían resucitado, como se ve, algunas canciones y danzas

obra de don Luis Marco Pérez, realizada en el taller valenciano de don Julio Sanchis.

En el anverso de esta medalla aparecía la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados sobre un trono de nubes; a ambos lados se veían la Señera valenciana y el con-



R. STOLZ VICIANO

Dibujo de Ramón Stolz Viciano para programas del retablo «Salve»

de época, puestas para instrumentos de cuerda, interviniendo en ello los maestros Ripollés y el citado Chavarri.» (12)

Cerremos el comentario de la actuación de los artistas según los planes del titulado Comité Central de la Coronación con dos iniciativas llamadas a perpetuar la memoria del acontecimiento: fue la primera la edición de un diploma de gratitud, litografiado a cuatro tintas, según boceto del artista señor Salcedo, y la segunda, de mayor calidad, la acuñación de una medalla, cuyo acertadísimo modelo fue

junto de la real capilla. La inscripción latina expresaba que enaltecía el recuerdo de la Virgen Madre de Dios y de los Desamparados, principal Patrona de Valencia. El reverso presentaba la corona nueva con la leyenda alusiva a la coronación por manos del cardenal Reig y en presencia de los reyes de España y de extraordinaria multitud (13).

(13) Ibidem, p. 635. La inscripción del anverso es como sigue: DEIPAR.(AE) VIRG.(INI) DESERT.(ORUM) MATRI, VALENT.(IAE) PRAECIP.(UAE) PATRON.(AE). IN MEMORIAM. La correspondiente al reverso es: CORON.(AM) AUR.(AM) SUP.(ER) CAPUT EIUS POSUIT CARD.(INALIS) REIG, REG.(IBUS) ADST.(ANTIBUS) POPUL.(OQUE) FREQUENT.(ISSIMO). IV. ID.(US) MAL.(I) MCMXXIII.

(12) SANCHIS SIVERA, J., ob. cit., p. 544.



Cartel de las fiestas de la Coronación, por Vicente Canet Cabellón

Actualmente, en los mismos talleres que hace cincuenta años, se está procediendo a una nueva acuñación de esta interesante medalla, para encerrarse en un mismo estuche con la conmemorativa de las presentes bodas de oro, que no desdice de aquélla por su pulcra realización, debida al arte del académico electo y admirado amigo don Enrique Giner.

Al margen de estas injiciativas que pudiéramos calificar como oficiales, el entusiasmo general tuvo una amplia gama de manifestaciones de todo género: estampas y folletos de diverso formato y calidad, entre los que hay que anotar la bella estampa tejida en seda, con extraordinaria perfección y realismo, en los antiguos talleres de don Manuel Duato, y la repercusión que los festejos de mayo de 1923 tuvieron en las publicaciones periódicas, no sólo de Valencia, y los diversos libros que con tal motivo se publicaron.

Entre los libros publicados figura en primer lugar el volumen, de más de ochocientas páginas, que contiene la crónica de la Coronación, redactada por el canónigo y académico don José Sanchis Sivera, realmente exhaustiva, a la que reiteradamente hemos aludido en el desarrollo del presente trabajo.

Junto con este libro hay que situar el interesantísimo y raro, por su menor difusión y la pérdida del depósito de ejemplares en 1936, que recoge la crónica de la Asamblea Regional Mariana, obra del que fue secretario de la misma, el también canónigo de la metropolitana don Guillermo Hijarrubia. Ambos volúmenes, por recoger íntegramente muchos sermones y discursos que entonces se pronunciaron, constituyen un excelente testimonio para valorar la oratoria de la época. Y ambos libros, también, tienen datos muy estimables sobre la iconografía de la Patrona y sobre las Bellas Artes en general.

Un tercer libro, de ciento ochenta páginas, ornamentadas todas ellas con la orla dibujada expresamente por el señor Salcedo, en la que destaca la corona de la Virgen, el nombre de María, un *rat penat* y los escudos del Reino y de la ciudad de Valencia, contiene la «Corona oferta per la societat Lo Rat Penat a la Mare de Déu dels Desamparats, ab motiu de la seua canònica coronació». El prólogo está firmado por el presidente de la entidad, don Francisco Almarche; sigue la *crida*, en verso, de don José María Ibarra Folgado, y cien poesías valencianas de otros tantos poetas.

Aparte de los números corrientes de los periódicos, *Diario de Valencia* y *Las Provincias* publicaron unos números especiales, en tamaño folio, de escogidos originales y muy interesantes ilustraciones. En este último destacan los artículos de don Teodoro Llorente Falcó, antiguo presidente de nuestra real corporación, y del doctor Sanchis Sivera, sobre iconografía mariana; los curiosos escritos de la infanta doña Paz y de Azorín; las poesías de don Luis Guarner y de don Fernando Dicenta de Vera; pero, sobre todo, de los famosos *Gozos* de don Teodoro Llorente Olivares, ilustrados con láminas a toda página dedicadas a cada una de las inspiradas estrofas, que ostentan firmas tan representativas como las de don José Benlliure, don Manuel Benedito, don Cecilio Pla, don Antonio Fillol, don Francisco Pons Arnau, don Mariano Benlliure y don José Pinazo.

Con estos interesantes números especiales de los diarios valencianos, hay que relacionar la revista titulada *La Millor Corona*, publicada como suplemento de la editada como oficial por el Comité Ejecutivo Central de la Coronación. Inicia sus páginas de texto con la llamada «Corona de pensamientos», con la fotografía y la firma autógrafa de personalidades de la vida valenciana, entre las que figuran muchos de sus ilustres artistas.

Hay además un emocionado recuerdo del malogrado Pepino Benlliure y un ingenuo dibujo de don José que representa una procesión infantil en honor de la Patrona, admirable por el modo con que plasma, con toda viveza, el

juego de los niños, y unas estampas al margen muy ricas en realismo, fiel expresión de la vida popular.

Reproduce igualmente el conocido lienzo de Sorolla titulado *El resbalón del monaguillo*, mientras dos labradoras ultimán los pormenores de la imagen de la Virgen de los Desamparados, puesta sobre las andas para la procesión de la parroquia rural.

Mas entre otras muchas reproducciones de los Benlliure y Benedito, de los apuntes del programa de fiestas de Ruano Llopi, destaca el artículo del maestro de maestros, don Elías Tormo, no hace muchos meses justamente homenajeado por la Real Academia, titulado «La corona pictórica de la Virgen», y que es una glosa de la conocida *Gloria* que el pintor cordobés don Acisclo Antonio Palomino de Castro y Velasco plasmara en la bóveda de la real capilla en 1701.

Con estas publicaciones hay que recordar el número extraordinario de *Oro de ley*, revista del Centro Escolar y Mercantil, que, con verdadero alarde de medios tipográficos, constituye el más completo documento gráfico de aquellos días de mayo del 23; y el *Pensat i fet* dedicado a la Patrona por su fundador, el poeta don Ricardo Sanmartín; y *Rosas y Espinas* y *Acción Antoniana* y tantas otras publicaciones, entre las que no podemos dejar de mencionar los apasionantes y apasionados números de *La Coronació de nostra Patrona*, obra del polifacético escultor, poeta y publicista de nuestra Academia don José María Bayarri, recogiendo en sus páginas estudios marianos, reproducciones artísticas y versos enardecidos.

Valencia en aquellos días de mayo de 1923 se desbordó en todos sus aspectos, incluso en el industrial y el comercial —por algo el cartel anunciador de la coronación destacaba la V Feria Muestrario Internacional—, y todo su arte y su ingenio estaba al servicio de un ideal religioso de signo mariano. Por ello resulta muy difícil de abarcar en una simple visión de conjunto, desde los modestos papeles que servían de envoltura a los caramelos, con la *Senyera* y la efigie de la Patrona, hasta las grandes obras de arte, pasando por los pañuelos conmemorativos, los pequeños programas de las fiestas, las estampas y las hojas con la letra de los himnos, las alaluyas multicolores que en algunos momentos cuajaron el aire entre pétalos de rosas, todo, absolutamente todo, era expresión del alma de un pueblo que, tal vez como nadie, los poetas y los músicos supieron cantar.

Y como esas melodías del maestro Serrano Simeón, que en la pronto cincuentenaria composición *Valencia, canta*, al igual de tantas otras, glosan el ambiente popular en el momento espléndido de la eclosión de sus más caros amores, son estos versos significativos de don José María Ibarra Folgado, en la histórica *Crida* a los poetas en 1923 (14), con los que cerramos nuestro modesto comentario:

*¡Germans, amunt! En jèrvides
cançons la terra nostra,
en inspirades músiques
lo seu voler demostra,
en obres entusiàstiques
posant sancer el cor:*

*Del gai saber armòniques
porteu les vostres troves,
del seny inspiradíssim
doneu les millors probes:
la Mare aguarda, jòh príncips
de fe, pàtria i amor!*

HE DICHO.

(14) *Ibidem*. p. 613.